



La prision de Quevedo.

(ROMANCE HISTÓRICO TRADICIONAL.)

(1639.)

I.

De San Felipe en las gradas
se nota gran movimiento,
entre la turba de ociosos
que allí malgastan el tiempo.
Los estirados hidalgos,
nunca á trabajar dispuestos,
aunque de noche se comen
el almidon de los cuellos,
á los que grandes se llaman,

y á veces lo son de cuerpo
no más, haciéndoles coro
repiten con mil estremos
la gracia de un desatino,
ó el entono de un bostezo.
No faltan allí escritores,
ambulantes esqueletos,
que la ocasion acechando
de desenvainar sus versos,
aunque de números se hable
dicen que vienen á cuento,

y un largo romance leen,
ó recitan un soneto
que aunque preñado de soles
y reventando en luceros,
es mas frio que Diciembre
y mas oscuro que un negro.

Tambien se ven comediantes
que vienen del mentidero
como vivas estafetas
de chismecillos diversos,
y al hablar de la comedia
mas reciente de Moreto,
los víctores atribuyen
á sus cortes y remiendos
que hay muchos cómicos sastres
remendones de lo nuevo.

Hay algun fraile que escucha
en los corrillos diversos
sin desmentir á ninguno,
sin aplaudir indiscreto;
y aquí toma una limosna,
allá una cita á un almuerzo,
y acullá en rapé esquisito
sepulta tan bien los dedos
que solo en la caja queda
el polvo exterior al dueño.
Y no falta entré los grupos
alguno que escucha atento,
y mas que ninguno charla
con sin igual desenfreno,
ya para ocultar su oficio
con prudente fingimiento,
ya para poner á muchos
ocasiones de tropiezo.

Allí del Rey se comentan
los públicos devaneos,
y si los públicos faltan
se improvisan los secretos.

Allí esplican de la guerra
los desgraciados sucesos,
barbilampiños galanes
que tienen vírgen su acero.
Del mercader que hay enfrente
se elogian los ricos géneros,
y diz que su suerte estiran
las manos mas que el ingenio.

De los maridos que pasan
corren chistes tan cubiertos,
que la alusion siempre queda
por bajo de los sombreros.

Si cruza devota á misa
doña Leonor, viene á cuento
decir que es muy mas devota
de uno ni santo, ni bueno;
sí á doña Juana su dueña
guarda con severo gesto,
se dice que lleva ayuda
para forjar embelecocos,
y así de todo y de todos
con sal, pimienta ó veneno,
sazonan si hacen ó no hacen,
si son ó no, y sin misterio
pisan, huellan y desgarran
honras y merecimientos.

Es Diciembre, dia siete:
el sol en su capa envuelto
de cierta nube plumiza
camina al otro hemisferio.

De San Felipe en las gradas
el frio hiela el aliento,
mas no por eso las dejan
los ociosos, que con fuego
de una sátira se ocupan,
política por supuesto,
de intencion tan aguzada,
de agravio tan descubierto,
ó de verdad tan desnuda,
y tan picante concepto
que es mucho lo que se aplaude
y se comenta en extremo.

Oculto el autor su nombre
y da incentivo el secreto,
para que se empeñen todos
en descubrirle indiscretos.
La ocasion aprovechando
de lucir su pobre ingenio,
ó tal vez dando á la envidia
al par desahogo y cebo,
cierto escritorcillo enjuto
de carnes, alto y con ceño
así dice: Es harto extraño
que nadie descorra un velo
que de transparente gasa
me produce á mí el efecto.
Bien al autor de la sátira
descubren sus propios versos.
Que es del gobierno enemigo
no hay que dudarlo; que es viejo
tampoco, pues su malicia
no es propia de años muy tiernos.

Traslúcese que es jocoso
 á veces, y á veces sério,
 haciéndole un tanto oscuro
 su fecundo atrevimiento.
 A vivir Villamediana
 marcárale con el dedo,
 que en sátiras atrevidas
 ninguno le fué más lejos;
 mas faltando Vera Tasis
 solo un poeta tenemos
 que en la intencion le va cerca
 si no en el atrevimiento.
 Mira detrás de cristales
 y aunque vé poco de lejos
 vé mucho, pues mucho mira
 y de cerca; anda con tiento
 que aunque rara vez tropieza,
 de un pié cojea en extremo.
 Achaques tiene, y..... he dicho,
 que hablar mas no fuera cuerdo.
 La envidia, que llevó al coro
 ciertos poetas pigmeos,
 hizo la alusion tan clara
 que todos al mismo tiempo
 cierto nombre pronunciaron
 con risas de tal efecto,
 que á los muy pocos instantes
 para nadie era un misterio,
 y andaba en boca de todos
 don Francisco de Quevedo.

II.

Es de noche: en cierta casa
 de un principal caballero
 del hábito de Santiago,
 se refieren los sucesos
 de la tarde, y los escucha
 el poeta á cuyo ingenio
 la sátira se atribuye.
 Con alabanzas sin cuento
 le abruma, y aunque protesta
 que no son suyos los versos,
 al notar que en sus palabras
 no hay burlas ni fingimiento,
 hácia la puerta dirige
 con prisa sus pasos trémulos.
 —¿A dónde vaís?— A espatriarme.
 Hijos postizos dan esto,

que aquel á quien se los cuelgan
 purga pecados ajenos.
 — No temáis. — Sé de Olivares
 que ha de tener gran contento
 en ponerme unos corchetes
 que es como echarme á los perros.
 — No sabrá lo que se dice.
 — Sabrá mas de lo que quiero
 que tiene grandes orejas,
 y de odores callejeros
 cuadrilla alquilada que oye
 crecer la yerba y el pelo.
 —¿Qué ha de hacer con vos la curia
 la ley guardando? — Pues eso,
 guardarme y guardar lo mio.
 — Os soltarian. — Lo creo.
 Son como las sanguijuelas,
 que chupan y sueltan luego.
 Oyese un aldabonazo
 en la puerta, y el reflejo
 de linternas en la calle
 se deja observar. Quevedo
 suspira, y con mucha flema
 se vuelve á ocupar su asiento.
 — Resistamos. — Es inútil,
 y ¡qué mas quisieran ellos
 que hacer mas grande la causa
 de comer! — Al poco tiempo
 entra don Francisco Robles
 con grande acompañamiento
 de alguaciles, y así dice:
 Perdonadme caballeros
 si os interrumpo. Al instante
 concluyo. Vengo á prenderos,
 don Francisco, vuestras coplas
 os ponen en este aprieto.
 — Decid las coplas ajenas:
 Dios le perdone al coplero,
 que estará muerto de risa
 contemplando vuestro acierto.
 ¿En dónde me alojan gratis?
 — En Leon; en el convento
 Real de San Márcos. — La pesca
 debe conservarse en fresco.
 ¡Buen país! Como á una avispa
 me llevan á un avispero.
 ¡Buen sitio! Y por que me cuelgan
 lo que ni como ni bebo
 voy á San Márcos. ¡Buen santo!
 Que es abogado de aquellos

que corren y son corridos
y sirven para tinteros.
Vamos á hacer penitencia
que viene bien al suceso.
Me hareis gracia que la capa
tome de paso. — Os la niego
bien á mi pesar. Es fuerza
que os conduzcan al momento.
— El que toma capa escapa
habrán dicho, mas yo creo
que están conmigo hartos frios
y hartos quemados á un tiempo.
Tan siquiera una camisa
en una tienda me tengo
que tomar..... — Llevais la puesta.
No es posible detenernos.
— ¿Tambien sucio? Si mas pido
me van á hacer ir en cueros.
— Abajo está la litera.
— Si la quitais el acento
no bajo, que ya las letras
desconozco y aborrezco
como los chicos. Con sangre
diz que entran, yo soy ya viejo,
tengo sesenta y un años,
cómo entraran no me acuerdo,
mas sí de que ahora me salen
como las bubas, doliendo.
Podeis decir á Olivares

que mi camisa le dejo
con el fin de que se acuerde
que no permitió á Quevedo
mudarse, y de que él se mude
que hace buena falta al Reino.
Vamos allá, cuando gusten.
Buenas noches caballeros.

Duró la prision bastante
al poeta: estuvo enfermo;
salió pobre y achacoso,
y así vivió y murió presto.
Un dia entre los papeles
de cierto fraile travieso,
el borrador de la sátira
vino á aclarar el misterio,
y entonces la corte supo
que injustamente fué preso
por culpas que no eran suyas
el poeta madrileño.
De San Felipe en las gradas
se comentó este suceso,
cuando caido Olivares
á Loeches iba en Enero,
y hubo algun chusco que dijo
tal vez con picante intento,
que el conde-duque llevaba
la camisa de Quevedo.

J. R.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.